

Ideales democráticos, religión y el destino manifiesto en la política exterior de los Estados Unidos¹

María Teresa Aya Smitmans*

Profesora / investigadora de la Facultad
de Finanzas, Gobierno y Relaciones
Internacionales de la Universidad
Externado de Colombia.

correo electrónico:
maria.aya@uexternado.edu.co

Las grandes luchas del siglo veinte entre la libertad y el totalitarismo terminaron con una victoria decisiva para las fuerzas de la libertad y de un solo modelo sostenible de éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa.

En el siglo XXI sólo las naciones que compartan el compromiso de proteger los derechos humanos básicos y de garantizar la libertad política y económica podrán desatar el potencial de sus

pueblos y asegurar su prosperidad futura.

George W. Bush²

INTRODUCCIÓN

Si bien la política exterior de los Estados Unidos se define, de manera usual, como realista, es, no obstante, importante subrayar sus orígenes idealistas, siempre

* Fecha de entrega, 24 de julio de 2006. Fecha de aceptación, 18 de agosto de 2006.

¹ Este artículo es un avance del trabajo que desarrolla la autora en el Proyecto “Política exterior de Estados Unidos”, de la Línea de Investigación “Relaciones Hemisféricas” del Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales, OASIS.

² Tomado del discurso de seguridad nacional del presidente George W. Bush, National Security Strategy; septiembre 2002; en Internet: <http://usinfo.state.gov/journals/itps/1202/ijps/ijps1202.htm>

presentes en el manejo de sus asuntos internacionales. Desde el mensaje de despedida del presidente Washington en 1796 hasta la intervención en Irak en 2003, los dirigentes norteamericanos han realizado un juego doble entre el idealismo y sus modelos democráticos, y el realismo y sus intereses puntuales. Intereses que pueden ser estratégicos, militares y económicos pero que, a pesar de su peso en los procesos de formulación y legitimación de políticas internacionales, se encuentran sumisos a los ideales democráticos.

Desde 1796, fecha del mensaje de despedida de George Washington, Estados Unidos enfrenta una dicotomía relativa a cómo mejor trasladar sus intereses nacionales al ámbito internacional. En su discurso, el presidente Washington sostiene que

Europa tiene particulares intereses que no nos conciernen en manera alguna o que nos tocan muy de lejos. De ahí el que se vea envuelta en disputas frecuentes que son esencialmente ajenas a nosotros. Sería, pues, imprudente mezclarnos en las vicisitudes de su política o entrar en las alternativas y choques inherentes a su amistad o enemistad

sin tener nosotros un interés directo. ... ¿Por qué unir nuestros destinos a los de cualquiera parte de Europa, comprometiendo nuestra paz y prosperidad en las redes de las rivalidades, intereses y caprichos europeos? Nuestra política debe consistir en retraernos de alianzas permanentes hasta donde seamos libres de hacerlo, sin que por esto patrocine yo la infidelidad a los tratados existentes (George Washington, 1796)³.

Este mensaje se entiende como una aproximación encaminada a definir los objetivos de Estados Unidos en un momento donde el país buscaba la manera de crecer como Estado independiente, sin la intervención de otros. Sobre todo, los americanos no querían que las continuas guerras entre las pequeñas repúblicas europeas se extendieran a su territorio⁴. Es así como prefieren distanciarse de Europa y, en especial, de Gran Bretaña de quien se acababan de independizar. Esto, a pesar de haber adoptado, en parte, el modelo británico de gobierno⁵.

Sin embargo, Washington reconoce en su discurso que “la política, la humanidad y el interés común recomiendan la buena armonía y amistosas relacio-

³ Mensaje de despedida de George Washington, en español en Internet en: <http://www.inep.org/content/view/1759/55/>

⁴ Esto era tan importante para los Estados Unidos que constituyó uno de los elementos de fondo para el argumento federalista que sostuvo, desde los escritos de Alexander Hamilton, John Jay y James Madison, que Estados Unidos no podía ser un conglomerado de pequeñas repúblicas asociadas entre sí si quería sobrevivir como ente político. Por el contrario, debía constituirse alrededor de un gobierno federal fuerte que manejara, entre otros temas, el de la defensa y la seguridad de la nación en general.

⁵ Este hecho se puede ver en el sistema bicameral presente en el Congreso norteamericano, eje de la política interna y externa de los Estados Unidos. También se evidencia en la conformación del ámbito judicial. En cuanto a la monarquía, la mayoría de los americanos estaba en contra.

nes con todos los países. [Razón por la cual,] nuestra *política mercantil* se debe apoyar en la igualdad e imparcialidad” (Washington, 1796) frente a todas las naciones. Asimismo, dice que “la regla de conducta que más hemos de procurar seguir respecto a las naciones extranjeras debe reducirse a extender nuestras *relaciones comerciales*, retrayéndonos todo lo posible de las combinaciones políticas” (Washington, 1796). Este hecho evidencia que, si bien el país del norte buscaba cierto aislamiento de Europa, éste era más militar que económico y, subraya la importancia que tiene para Estados Unidos, desde sus orígenes, la idea de prosperidad y de un intercambio comercial libre. De este modo, el discurso de despedida de Washington acepta, de manera limitada, la existencia de un sistema internacional al tiempo que aboga por un aislamiento en el campo político y militar. También, introduce en la política americana las dos máximas por las cuales ésta se ha de regir, seguridad y libre comercio.

LA DEMOCRACIA A LA AMERICANA

El aislamiento militar que se dio en Estados Unidos hacia el fin del siglo XVIII se explica como resultado del esfuerzo del país por consolidarse como Estado. Por esta razón, el discurso de despedida de Washington es fundamental como elemento consolidatorio. También es importante porque resalta el peso que la idea de democracia tiene como principio básico

en el Estado americano. Washington dice que el gobierno elegido libremente..., no sujeto a extrañas influencias, obediente a una Constitución adoptada después de tranquilas deliberaciones y que reúne la seguridad y energía de sus bien divididos poderes, [constituye] la base de [su] sistema político... [y representa] el derecho del pueblo para formar o modificar las constituciones de sus gobiernos; pero la Constitución votada, mientras exista, es sagrada y obligatoria para todos hasta tanto que se cambie por el voto explícito del pueblo. Esta misma idea... [resalta] el poder y derecho del pueblo a establecer un gobierno (Washington, 1796).

De esta manera, para Washington, la idea de legitimar un gobierno fuerte y basado en la libertad de sus habitantes era más importante que las relaciones con el mundo exterior. A su vez, esta noción de democracia, presente en los inicios de Estados Unidos como nación va a convertirse, al ser adoptada por sus ciudadanos como única y verdadera, en la base legitimadora del actuar americano en el sistema internacional. Va a ser la brújula mediante la cual los gobernantes americanos van a guiar sus intervenciones internacionales; intervenciones que van a tener entonces como norte la promoción de la democracia y la “administración del gobierno en persona” (James Madison en Dahl, 2003: 165).

Es importante resaltar el de hecho que la democracia constituye un principio básico para todos los americanos no solo

para sus padres fundadores. Como tal, es un ente aglutinador importante para justificar las políticas internacionales del país del norte.

La república de los Estados Unidos no fue creada únicamente por los líderes, ni podría haber sido sostenida por los líderes aislados. Fueron ellos, sin duda, quienes diseñaron un marco apropiado, según pensaban, para una república. Pero fue el pueblo estadounidense y los líderes que respondían a él, quienes garantizaron que la nueva república evolucionara velozmente hacia una república democrática (Dahl, 2003: 30).

Este hecho es el resultado de cerca de siglo y medio en el que el pueblo americano, alejado de Inglaterra, había aprendido a autorregularse y, a través de reuniones periódicas entre sus líderes, los representantes religiosos y el pueblo, había aprendido a solucionar por sí mismo sus problemas. Además, los colonos americanos “traían consigo... un bagaje ético” que promovía “una responsabilidad... del individuo ante sí mismo y [una] responsabilidad cívica ante la comunidad” (González Pedrero, Introducción, De Tocqueville: 20). Esta responsabilidad se extiende, a lo largo del siglo XX y XXI, a la política exterior.

El gobierno en Washington se siente obligado a intervenir cuando el orden de un país se ve amenazado, pues esto significa no solo que ese pueblo no puede escoger un gobierno que le haga feliz de manera libre, sino también, que el libre cambio, necesario para la prosperidad global, puede verse afectado por la falta de garantías liberales. Es así como, en palabras del presidente Theodore Roosevelt, los Estados Unidos “están obligados a intervenir en los asuntos internos de [otro] país... para reordenarlo, restableciendo los derechos y el patrimonio de su ciudadanía y sus empresas” (Wikipedia Enciclopedia)⁶. En consecuencia, la idea de intervención va de la mano con el buen funcionamiento del libre comercio, representado en el *patrimonio de su ciudadanía*. Este hecho, que resulta del legado del liberalismo en la política americana, conlleva intereses realistas⁷, a la vez que sirve y se utiliza para justificar política y moralmente, las acciones de los Estados Unidos.

Para Estados Unidos, democracia puede también definirse como una expresión de libertad en un lugar donde cada ciudadano es libre de elegir los gobernantes que él crea lo llevarán a la felicidad y la

⁶ Esta afirmación se conoce como el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. Fue propuesta en 1904 y, desde entonces, ha servido para legitimar un gran número de intervenciones por parte de Estados Unidos.

⁷ Para los Estados Unidos, el liberalismo económico que nace a finales del siglo XIX legitimó la consecución de los intereses económicos de la nación como expresión de libertad y recursos necesarios para la felicidad del pueblo.

prosperidad económica⁸. Esta definición, sumada al discurso de Woodrow Wilson, quien en el siglo XX dice que “democracia significa un proceso ordenado de un gobierno basado en la ley” (Ferguson, 2004: 53)⁹, hace de la democracia un proceso fundamental de toda política americana. Más aún, para Wilson, democracia era el prelude obligado de la paz internacional, la *pax americana*. Estas definiciones promueven en el país del norte una idea de democracia que genera un sentimiento de responsabilidad en la población americana no sólo por su propia felicidad, sino por la paz y felicidad de otros.

Sin embargo, si bien la idea de democracia es válida como ente legitimador de sus acciones para los Estados Unidos, ésta constituye también el punto de partida de “la paradoja característica de la política exterior de Washington, aquella que *impone* la democracia; que *obliga* a la libertad y que *ordena* la emancipación de los pueblos” (Ferguson, 2004: 54). Paradoja que explica, entre otras, las intervenciones del país del norte durante los últimos dos siglos como un esfuerzo para “fomentar el progreso y llevar la democracia a aquellos pueblos retrasados donde... los marines” (Lemoine, 2003:

20) acuden a actuar como salvadores.

Esta contradicción se puede ver también en las diferentes intervenciones de Estados Unidos a lo largo del siglo XX. En el caso de Panamá, en 1903, los americanos apoyaron la revuelta en tan solo noventa minutos, argumentando que había que ayudar al pueblo panameño en sus esfuerzos para obtener un *self government*. No obstante, se puede también argumentar que, al momento de intervenir, los intereses económicos y estratégicos eran también considerables. El canal de Panamá era importante no sólo para el libre comercio, vital para los intereses de Washington, sino también, para el control, por parte de este país de una zona con importantes recursos, tales como el banano. Por esta razón, se involucran también en la vida política de diferentes países centroamericanos. Estas intervenciones, destinadas a la protección de los intereses de la United Fruit, se justifican, a su vez, argumentando que la región está bajo el control de tiranos y que hay que protegerla de éstos. Este círculo vicioso entre intereses económicos e ideales democráticos se convierte, entonces, en el sello de las ingerencias americanas en América Latina.

⁸ Cabe anotar que la búsqueda de la felicidad es uno de los objetivos del pueblo americano al declarar su independencia y, por consiguiente, un bastión sobre el cual se construye no sólo lo político sino también el desarrollo personal de todo ciudadano.

⁹ Todas las citas de Ferguson han sido traducidas al español por María Teresa Aya.

Este círculo se hace aún más evidente durante las actuaciones de los Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos... se propusieron continuar con la defensa y la protección del *mundo libre*, amenazado a partir de entonces por el comunismo... Esta política [de corte idealista], se convirtió en el fundamento de una política estratégica, militar y económica en contra de la Unión Soviética (Malagón, 1997: 230).

También, se puede ver en Chile, en 1973, cuando el gobierno de Nixon interviene para salvar a los chilenos del régimen *marxista – comunista* de Allende al igual que para protegerse de una nacionalización del cobre, hecho que hubiera afectado los intereses de la compañía americana ITT.

De igual modo, sobrevive a la guerra fría y se evidencia en la estrategia de seguridad nacional del presidente George W. Bush, quien en el 2002, para legitimar las intervenciones de Estados Unidos a principios del siglo XXI, dijo

Hoy, Estados Unidos tiene una posición de poderío militar sin paralelo y de gran influencia económica y política. Al mantener nuestra heredad y principios, no usamos nuestra fuerza para presio-

nar por ventajas unilaterales. En cambio tratamos de crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad humana: condiciones con las cuales todas las naciones y todas las sociedades puedan escoger por sí mismas las recompensas y los desafíos de la libertad política y económica. En un mundo seguro, la gente podrá mejorar sus propias vidas. Defenderemos la paz combatiendo a los terroristas y tiranos. Preservaremos la paz al crear buenas relaciones entre las grandes potencias. Extenderemos la paz al fomentar sociedades libres y abiertas en cada continente (Bush, 2002).

Cabe anotar, que a pesar de los deseos de Washington, los procesos democráticos no ocurren de la noche a la mañana. Por el contrario, se hace necesario, en la mayoría de las veces, un proceso de transición, el cual puede ser bastante largo, como en el caso mismo de Estados Unidos¹⁰. No obstante, las intenciones de democratización implícitas en el actuar internacional de Washington continúan y siguen la lógica de un “realismo utópico... que pretende explicar el mundo a través de los cambios que propone” (Booth, 1995: 347), convirtiéndose así en un mecanismo, tanto de explicación como de justificación de la política exterior del país del norte.

Asimismo, la imposición de la democracia a la americana, subraya y pone en evidencia la existencia de intereses

¹⁰ Hay quienes sostienen que Estados Unidos se demoró casi dos siglos en lograr una verdadera democracia ya que tuvo que pasar primero por una guerra civil, casi al centenario de su nacimiento como nación, para admitir la posibilidad que gente de distintas razas fueran tratados como americanos y más aún, se demoró un siglo más en hacer efectivos los logros de la guerra civil.

ideológicos y morales que respaldan, en su base interna, las intervenciones políticas y militares de los Estados Unidos. A su vez, esta imposición refuerza la idea de una división aparente, entre política e ideales, entre quienes toman decisiones en Washington y el sistema internacional. Sin embargo, para entender esta división hay que tener en cuenta no sólo el ideal democrático, presente en la sociedad americana sino también, la religión y el destino manifiesto.

RELIGIÓN Y DESTINO MANIFIESTO EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS

La *religión y la moral* son apoyos necesarios para fomentar las disposiciones y costumbres que conducen a la prosperidad de los Estados. En vano se llamaría patriota el que intentase derribar esas dos grandes columnas de la felicidad humana, donde tienen sostén los deberes del hombre y del ciudadano. Tanto el devoto como el mero político debe respetarlas y amarlas (Washington, 1796).

Desde sus orígenes como Estado, Estados Unidos se ha visto influido por la religión. La nación americana la fundan los cuáqueros, grupo religioso que llegó buscando un lugar donde poder practicar su religión lejos de la intolerancia que

imperaba en Europa y Gran Bretaña a principios del siglo XVII. Los cuáqueros sentaron sus bases comunitarias y religiosas en el noreste americano, dando origen al lo que se denominó Nueva Inglaterra y que constituyó el corazón político de los Estados Unidos por cerca de dos siglos¹¹. “Los ingleses que colonizaron la costa Este de los Estados Unidos estaban profundamente inmersos en su religión... y su vida comunitaria y política se desarrollaron en un estricto apego a la ley moral.... Así en el período colonial se encuentra el punto de partida del ideal estadounidense de ser un pueblo elegido entre los demás del mundo” (El origen del destino manifiesto).

No obstante, si bien los cuáqueros eran muy religiosos, cabe anotar que Estados Unidos no es un Estado fundamentalista, donde la política se funde con la religión. Por el contrario, la religión constituye uno de los cimientos sobre el cual se construye el Estado. Ésta es la razón por la cual el lenguaje político americano utiliza palabras y léxico de origen religioso ya que éste es común a la mayoría de los americanos quienes son en un 90% creyente¹². A su vez, esto explica por qué se encuentran ideas religiosas, tales como “la libertad que apreciamos no es el regalo de los Estados Unidos al mundo. Es el regalo de Dios a la humanidad” (Bush, Estado

¹¹ Los colonos de Nueva Inglaterra se conocen en la historia americana como los WASP, que significa: White anglosaxon protestant. Esta sigla fue el sello que marcó por cerca de dos siglos la política americana ya que la gran mayoría de líderes políticos norteamericanos eran de origen WASP.

¹² Ver más información en Stephen Launay, *La guerre sans la guerre*, Paris, Editions Descartes, 2003.

de la Unión, 2003) en los discursos de los políticos americanos. En otras palabras, para el político americano, el lenguaje religioso es un instrumento de trabajo mediante el cual su mensaje le llega más fácilmente al pueblo.

De igual manera, se puede decir que la fe de los americanos no es simplemente una fe en Dios sino también una expresión de la fe en ellos mismos como garantes de la felicidad de todos. Este hecho hace que su relación con el sistema internacional se convierta para ellos en una *quasi* religión de carácter civil, y ayuda a explicar por qué los americanos se han auto convencido que su misión en el mundo, tanto para civiles como para políticos, es la propagación de sus ideales democráticos e ideológicos. Propagación que representa su búsqueda de la felicidad, prosperidad, justicia, igualdad y libertad.

La sensación que otros países tienen de sí mismos proviene de una historia común... En Europa, la nacionalidad está relacionada con la comunidad, y por eso uno no puede convertirse en no – inglés o no – sueco. Ser un americano, sin embargo, es un compromiso ideológico. No es una cuestión de nacimiento. [Es una cuestión de valores.] Aquellos que rechazan los valores americanos son no – americanos (John Vásquez en Malagón, 1998: 248).

Esta percepción de los no – americanos explica por qué para los *verdaderos* americanos es, a veces, más fácil expresar sus intereses en el sistema a través de la definición de quiénes son sus enemigos

que a través de su propia ideología. Es así como declaran enemigos a los indígenas quienes en el siglo XIX no profesaban una fe cristiana; le declaran luego la guerra a los mexicanos e intervienen de manera repetida en América Latina durante los siglos XIX y XX, ya que los suramericanos tienen sociedades inestables donde es muy difícil establecer regímenes que promuevan la búsqueda de la felicidad, la prosperidad, la justicia, la igualdad y la libertad. Luego vienen los comunistas, quienes niegan el acceso de su población a la prosperidad y la libertad y, por último, los terroristas y, en especial, los islámicos, ya que se han convertido en tiranos para sus pueblos y seguidores. Todos, enemigos de los ideales americanos y, de su percepción de un sistema internacional ordenado y libre.

De la misma manera, esta religión civil que los lleva a pretender imponer sus valores y visión de mundo sobre otros, es también la razón por la cual creen tener derecho a etiquetar a otros estados como estados rebeldes o parias, cuando sus intereses difieren de los suyos. Esto ha servido también como punto de partida para legitimar un gran número de intervenciones americanas en el sistema internacional y para la definición del actual *eje del mal*. No obstante, es importante reconocer que estas injerencias tienen también un componente económico o estratégico, como en el caso de Panamá o del petróleo en el Medio Oriente durante el siglo XX.

Los intereses económicos son importantes para lograr las ganancias necesarias

para la prosperidad americana, prosperidad que se fundamenta en la búsqueda de la felicidad a la que tiene derecho todo ciudadano. Asimismo, para el gobierno en Washington es cada vez más necesario encontrar recursos que le permitan costear las intervenciones y evitar que Estados Unidos se convierta en una agencia de caridad al servicio de sus ideales. Si se van a convertir en los garantes de la democracia a nivel mundial, hay que pagar un costo. De este modo, los intereses pragmáticos de Washington se inscriben y, se legitiman, justa o injustamente, en un capítulo mayor y de corte idealista.

Estas motivaciones económicas y puntuales, que a veces parecen más importantes que los ideales en la política americana, son en realidad, para el pueblo americano, parte de una única estrategia de democratización y protección de los intereses comerciales, los cuáles llevan al bienestar y la prosperidad de todos. Más aún, es precisamente a través de estas motivaciones que Estados Unidos encuentra, en muchas ocasiones, la manera de fomentar sus ideales en el mundo. Para Washington, las motivaciones coyunturales que los llevan a intervenir en otros estados constituyen entonces la manera de justificar el mantenimiento de un orden regido por ellos en el sistema. Orden necesario para la felicidad y buen funcionamiento

de la democracia a nivel global, y que no puede ser confiado a ningún otros Estado u organismo internacional.

Esto, porque el gobierno americano y los americanos en general, consideran que los otros países no son lo suficientemente fuertes para mantener el orden democrático global. Asimismo, desde su negativa para entrar a la Sociedad de Naciones hasta la invasión de Irak en 2003 el pueblo americano ha sostenido la idea que los organismos internacionales les quitan soberanía. Esto a pesar de ser la Liga un invento americano destinado a “garantizarle a todas las naciones el derecho a la libre determinación...” (Ferguson, 2004: 63)¹³.

Del mismo modo, “las Naciones Unidas no constituyen una alternativa a los Estados Unidos... Sus recursos son mucho más limitados lo que hace que su funcionamiento nunca pueda ser sino complementario al de [Washington]” (Ferguson, 2004, 134). Más aún, es posible argumentar que las Naciones Unidas necesitan de los Estados Unidos mientras que Washington no parece necesitar a las Naciones Unidas, a menos que sirva a sus intereses del momento. Este hecho refleja una política al estilo Clausewitz frente al organismo. En otras palabras, es simplemente una herramienta más de su religión civil, al igual que la guerra lo era para el filósofo alemán.

¹³ Cabe anotar que este episodio de la política americana contrasta con su actuar internacional cuando al tiempo que promulgaba la libre determinación de los pueblos, intervenía en Haití, Santo Domingo, Nicaragua y Panamá, entre otros.

Además de la religión y su interpretación civil, el destino manifiesto constituye también una idea fundamental para entender los intereses americanos a nivel mundial. Este dice que:

América está destinada a realizar actos mejores. Es gracias a nuestra gloria sin paralelo que no tenemos reminiscencias de los campos de batalla, pero sí en defensa de la humanidad, de los oprimidos de todas las naciones, de los derechos de la conciencia, de los derechos de la emancipación... Somos la nación del progreso humano, y ¿quién, puede fijar los límites a nuestra marcha hacia adelante? La Providencia está con nosotros y ningún poder humano puede hacerlo... Sí, nosotros somos la nación del progreso, de la libertad individual, de la emancipación universal... Todo esto será nuestra historia futura, establecer en la tierra la dignidad moral y la salvación del hombre... ¿Quién, entonces, puede dudar que nuestro país está destinado a ser una gran nación en el futuro? (O'Sullivan, 1839).

Cabe recalcar que si bien este manifiesto fue escrito para justificar las acciones americanas antes y durante la guerra de los Estados Unidos contra México en el siglo XIX, éste sigue siendo un documento fundamental para legitimar el actuar del país del norte en el sistema internacional. Es una de las piedras angulares de la política expansionista americana, política que en el siglo XXI no se limita a lo territorial sino que incluye, además, lo económico, lo político y lo cultural, dando así origen a una globalización a la americana que si

bien tiene una lógica para el gobierno en Washington, para muchos otros gobiernos se percibe de manera beligerante. No obstante,

es difícil [en el siglo XXI,] proseguir el debate entre activismo y aislacionismo, en el que... se encierra a la política estadounidense. Pues... la mundialización hace la práctica del activismo planetario poco ventajosa, [y] por razones diametralmente opuestas hace a todo aislacionismo perfectamente irreal" (Laidi, 1997: 228).

Sin embargo, geopolítica, democracia y libertad van de la mano y forman un trípode sobre el cual se edifica y pretende legitimar la política exterior de los Estados Unidos. De igual manera, el destino manifiesto otorga a los gobernantes americanos una misión, la de proteger sus objetivos de expansión, primero en el continente y luego a nivel mundial. Este sentido de misión es muy importante como ente legitimador de las diferentes acciones militares lejos del territorio americano, frente al pueblo que asume el costo y pone los soldados. Es también, un factor que sirve de escudo frente a las críticas de otros.

CONCLUSIÓN: EL SIGLO XXI

El sentido de misión de los Estados Unidos ha jugado un papel muy importante, no sólo frente a la guerra en Afganistán, sino también frente a la invasión de Irak en 2003. En cuanto a Afganistán, constituye

una retaliación por el ataque a las torres del World Trade Center y una búsqueda legítima de los terroristas que perpetraron este acto, Además, el presidente Bush argumenta que “en Afganistán, [los Estados Unidos] ayuda[rá] a liberar a un pueblo oprimido y continuar[á] ayudándolo a proteger a su país, reconstruir su sociedad y educar a todos sus niños -- niños y niñas” (Bush, Estado de la Unión, 2003). Hecho que se justifica porque

las cualidades de valor y compasión a que aspira[n] en los Estados Unidos también determinan nuestra conducta en el extranjero. La bandera estadounidense representa más que nuestro poder y nuestros intereses. Nuestros fundadores dedicaron este país a la causa de la dignidad humana, a los derechos de cada persona y las posibilidades de cada vida. Esta creencia nos lleva al mundo para ayudar a los afligidos y defender la paz y contrarrestar los planes de hombres malvados.... Mientras nuestra nación desplaza tropas y forja alianzas para que el mundo sea más seguro, debemos también recordar nuestro llamado, como país bienaventurado, a hacer que este mundo sea mejor (Bush, Estado de la Unión, 2003).

Cabe anotar que frente al terrorismo, Estados Unidos también utiliza la libertad y la democracia como arma. Este hecho se puede ver otra vez en el discurso del Estado

de la Unión del presidente Bush en 2003, cuando dice que:

cualquiera que sea la duración de esta lucha y cualesquiera las dificultades que presente, no permitiremos el triunfo de la violencia en las relaciones entre los hombres: las personas libres determinarán el curso de la historia.... se nos llama a defender la seguridad de nuestro pueblo y las esperanzas de la humanidad. Y aceptamos esta responsabilidad” (Bush, Estado de la Unión, 2003).

Desde esta óptica, el terrorismo se puede entender como la violencia en contra de los ideales de libertad americanos, si bien éstos no son compartidos por otros países, en especial, los estados árabes donde el fundamentalismo que aviva el terrorismo islámico tiene su epicentro. Para éstos, los patrones de comportamiento impuestos por Washington se asemejan a “formas fundamentalistas de rectitud que los estados utilizan cada vez más frecuentemente para presentarse a los demás como dioses sobre la tierra” (Booth, 1995: 323-324), como los dueños del bien y del mal. De este modo, si bien el terrorismo para Washington representa al nuevo enemigo a sus intereses, para otros estados, él mismo representa un medio de oposición a la imposición de democracia e ideales *a la americana*¹⁴.

¹⁴ Cabe anotar que uno de los clichés más conocidos al definirse terrorismo es aquel que dice que el liberador de unos es el terrorista de otros.

De este modo, se puede ver que la búsqueda del bienestar y la felicidad hacen parte de la mitología americana que busca hacerle creer a su pueblo que el fin de sus intervenciones internacionales siempre justifica, de manera ideológica, los medios que se utilicen en éstas. “Esta mística reposa [como hemos visto] sobre dos bastiones de la tradición norteamericana, el destino manifiesto y [su propia] religión civil” (*La Mystique de Bush*, 1) y, confiere un aura idealista a la política exterior de los Estados Unidos. Sin embargo, es importante subrayar que este ingrediente está, de alguna manera, sometido a los intereses coyunturales del país tales como, la expansión al Oeste, la cual era importante para aumentar su territorio y recursos naturales, la lucha contra el comunismo, lo que le permitió defender los intereses no solo del libre comercio sino de sus propias compañías comerciales y, ahora, la guerra contra el terrorismo, hecho que para muchos va de la mano con los intereses petroleros de Washington.

En el caso de Irak, para el presidente Bush, la invasión y “el establecimiento de un Irak *libre* es un hecho sin precedentes a nivel mundial [porque cree que] la promoción de la libertad es el llamado de los Estados Unidos” (Ferguson, 2004: ix). Con la intervención en Irak, el gobierno en Washington pretende cambiar el orden político en la península árabe y, promover uno nuevo “basado en el deseo universal de bienestar, seguridad, prosperidad y democracia” (Gaddis, 2005: 15). Cabe

anotar que, en este caso, “más que un *Choque de civilizaciones* el mundo parece ser testigo de un *Choque de ideologías*, esta vez entre Estados Unidos quien propone que el Islam es compatible con sus ideales de democracia y libertades civiles y, los fundamentalistas islámicos que proponen un nuevo califato, en otras palabras, un Estado islámico global” (Baran, 2005: 68). No obstante, este choque no es nuevo para Estados Unidos, y más que choque lo entienden como un mandato providencial bajo el cual es posible justificar su inserción en el sistema internacional.

Washington tiene el apoyo del pueblo porque su religión civil les hace creer que son responsables del bienestar de los iraquíes. De igual modo, “el pueblo americano cree tener menos que perder frente a Irak comparado a otras intervenciones tales como Corea y Vietnam” (Mueller, 2005: 45). Sin embargo, en palabras de Fukuyama, hubiera sido ridículo que el gobierno americano hubiera solicitado billones de dólares y la vida de miles de americanos para promover la democracia en Irak” (Mueller, 2005: 45). Esto explica por qué usaron la *excusa* de las armas nucleares y el terrorismo.

Asimismo, el pretender cambiar el orden internacional implica estar preparados a enfrentar críticas y amenazas. Estados Unidos, al despreciar estas críticas y responder de manera agresiva a las amenazas, aparece como un país impositivo e, irónicamente, un país alejado de los principios democráticos que tanto defiende. Esto

genera una conducta antagonista frente a los demás países mientras que, hacia su interior, esta misma conducta no es, necesariamente, objeto de discusión. Esto hace que la imagen de Estados Unidos como *hegemon benigno*¹⁵ esté decayendo, y que Washington tenga un alto precio que pagar por su política internacional.

Finalmente, es importante subrayar el que pese a las críticas, los Estados Unidos han encontrado la manera de hacer que la defensa de la democracia y de un mundo libre se amolde a sus intereses coyunturales. Su política exterior no es ni absolutamente realista ni totalmente idealista; es la política de una gran potencia y como tal la política de un Estado que toca a muchos. “El derecho internacional, la democracia y el mercado libre son las ideas que dominan los asuntos internacionales de los Estados” (Ferguson, 2004: 22) y, por consiguiente, son las ideas que dominan los asuntos internacionales de los Estados Unidos y cuya supervivencia Washington ha asumido como su tarea.

BIBLIOGRAFÍA

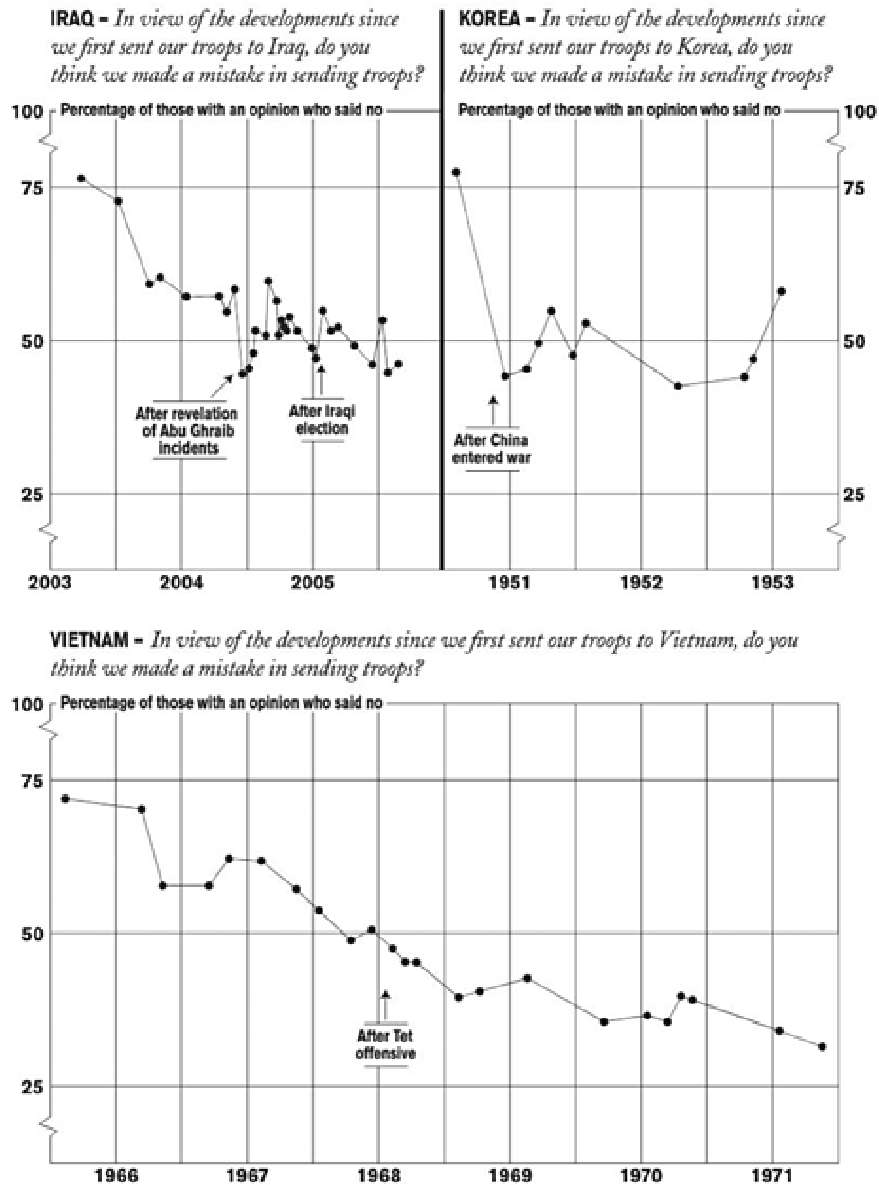
- Baran, Zeyno. (2005). “Fighting the War of Ideas”, en *Foreign Affairs*, noviembre / diciembre.
- Booth, Ken y Steve Smith. (1995). *International Relations Theory Today*, Cambridge U.K., Polity Press.
- Bush, George. (2002). Estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos : Una nueva era en *Periódico electrónico del Departamento de Estado de Estados Unidos*, Volumen 7, número 4, diciembre, en Internet : <http://usinfo.state.gov/journals/itps/1202/ijps/ijps1202.htm> *Discurso sobre el estado de la Unión*, enero 28 de 2003, en Internet: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/01/20030128-19.es.html>
- Dahl, Robert. (2003). *¿Es democrática la Constitución de los Estados Unidos?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económico.
- De Tocqueville, Alexis. (1957). *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ferguson, Niall. (2004). *Colossus, the rise and fall of the American Empire*, Penguin Books, United States of America.
- Gaddis, John. (2005). “Grand strategy in the second term,” en *Foreign Affairs*, enero – febrero.
- La Mystique de Bush en Internet : http://www.oulala.net/Portail/article.php3?id_article=852
- Laïdi, Zaki. (1997). *Un mundo sin sentido*, México, Fondo de Cultura Económico.
- Launay, Stephen. (2003). *La Guerre sans la guerre*, Paris, Editions Descartes.
- Lemoine, Maurice. (2003). «Du destin manifeste des

¹⁵ Término acuñado por el politólogo Samuel Huntington donde define a Estados Unidos como el hegemon que pretende mantener un orden internacional pacífico para que todos los demás países puedan disfrutar de la prosperidad y seguridad que ellos, Estados Unidos, dan por sentados. Ver: Stephen M. Walt, “Taming American Power”, en *Foreign Affairs*, septiembre – octubre 2005.

- Etats-Unis », *Le Monde Diplomatique*, Mai, p. 20.
- Malagón, María Margarita. (1998). «El sentido de la misión en la política exterior de los Estados Unidos», en *OASIS 1997*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Mueller, John. (2005). “The Iraq Syndrome”, en *Foreign Affairs*, noviembre – diciembre.
- O’Sullivan, John. «Sobre el destino manifiesto», en *La guerra entre los Estados Unidos y México*, en Internet: http://www.pbs.org/kerawar/usa/mexicanwar/resources/manifest_destiny_sullivan_esp.html
- Walt, Stephen. (2005). “Taming American Power”, en *Foreign Affairs*, septiembre – octubre.
- Washington, George, *Mensaje de Despedida* en Internet: <http://www.inep.org/content/view/1759/55/>
- Wikipedia Enciclopedia en Internet: http://es.wikipedia.org/wiki/Doctrina_Monroe

ANEXO 1

U.S. Public Opinion on the Wars in Iraq, Korea, and Vietnam



Fuente: Mueller, John, "The Iraq Syndrome", en *Foreign Affairs*, noviembre – diciembre, 2005, p. 47.

Aya Smitmans, María Teresa.

"Ideales democráticos, religión y el destino manifiesto en la política exterior de los Estados Unidos", en *Oasis* 2006-07, núm. 12, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, pp. 143-157.